

ISSN 0122 - 0063

EXILIO

Revista de Poesía

Para asumir la soledad

Antología de

Miguel Méndez Camacho

Bogotá - Santa Marta
Colombia 2009
Ediciones Exilio

No. 19

Exilio
Revista de poesía

ISSN 0122-0063
Abril de 2009 – 15 años
Santa Marta – Bogotá

Director:
Hernán Vargascarreño



Comité asesor:
Carlos Eduardo Peraza
Alfonso Delgado Campo

Correspondencia: poetasalexilio@gmail.com
Licencia Ministerio de Gobierno, Resolución 525 de junio de 1994
Edición de mil ejemplares
+++++

Edición virtual publicada,
por solicitud y con autorización del Director, por
NTC ... Nos Topamos Con ... <http://ntcblog.blogspot.com/>
ntcgra@gmail.com . Cali, Colombia, Julio 26, 2009.
[Gabriel Ruiz A.](#) , Director
(Los enlaces de esta edición son de NTC...)

Presentación

Llega a sus quince años la edición de la revista *Exilio*, un capricho nacido frente al mar con el único propósito de difundir la poesía y de ganar lectores en un país en el que la vida muchas veces vale menos que un poema malogrado. Desde su primer número, aparecido en abril de 1994, han pasado a vivir en sus páginas los poemas de Oscar Delgado, poemas al mar, Miryam Reina, Leda Beatriz Mendoza, María Teresa Escobar, Nazly Mulford, Elías Cajeli, Mercedes Valencia, Clemencia Tariffa, Vito Apüshana, Margarita Escobar, Tarcisio Agramonte, los cubanos Jorge Yglesias y Zoelia Frómeta, Nora Carbonell, Tallulah Flores, Rómulo Bustos Aguirre, Herbert Protzkar, Fernando Linero, Omar Ortiz, Julián Malatesta, Luis Mizar, Javier Moscarella, Meira Delmar, Giovanni Quessep, Juan Manuel Roca, Piedad Bonnett y Gabriel Jaime Franco. **Entra ahora a sus páginas el poeta Miguel Méndez Camacho, con la antología *Para asumir la soledad*, compilada en su totalidad por el director de la revista.**

Para asumir la soledad es una antología que nació en el mar Caribe, frente al puerto de Santa Marta, donde el poeta Miguel Méndez Camacho tiene un gran público lector gracias al programa *Poesía Mar Abierto*, el cual tuvo vida en esta ciudad desde el año 1991 hasta el 2008, programa en el que estuvo como invitado en tres ocasiones, y razón de haber elegido este mismo mar para hacer la presentación de este homenaje que la revista *Exilio* le hace a su poesía.

La antología acoge poemas de sus cuatro libros editados en un lapso de 35 años: *Los golpes ciegos* (Cúcuta, 1968), *Poemas de entrecasa* (Cúcuta, 1971), *Instrucciones para la nostalgia* (Buenos Aires, 1984) y *Desencantos y cantos* (Bogotá, 2003). Este último libro incluye en su primera parte 14 nuevos poemas, y en las otras tres presenta una antología de sus tres libros anteriores. Es de resaltar la sobriedad del número de libros de poesía entregados a los lectores en un tiempo tan amplio, y esto se debe ante todo al cuidado, pulcritud y al rasero que Miguel Méndez Camacho emplea con su propia obra poética. De allí se desprenden varias de las características elementales de su poesía: un lenguaje coloquial cuidadoso de la belleza y altura del idioma Castellano, una sencillez difícil de alcanzar, la cual es producto de la rigurosa búsqueda de la palabra precisa, y una honestidad escuetamente humana al tratar los temas recurrentes de su poesía: el amor y el desamor, los afectos familiares, las batallas de los cuerpos

gozados, el canto a la amistad y la evocación de aquellas pequeñas y significativas glorias que erigen la casa de la vida.

Y aunque la poesía de Miguel Méndez Camacho ocupa pocos libros, son piezas magistrales dentro de la poesía colombiana muchos de sus poemas aparecidos en numerosas antologías del país y del exterior: *Los ausentes*, *Escrito en la espalda de un árbol*, *Kampeones*, *Ernesto*, *Don Pablo*, *Para asumir la soledad*, *Los amantes*, *Confesión...* por mencionar solo algunos de ellos. Queda en las manos del público lector la presente antología de uno de los poetas que bien ha logrado consolidar la poética de nuestro país.

.

Miguel Méndez Camacho, nació en Cúcuta, Colombia, en 1942. Doctor en Derecho y Ciencias Sociales y Políticas de la Universidad Externado de Colombia. Periodista, poeta, profesor y escritor. Fue fundador y director del Instituto de Cultura de Norte de Santander y subdirector del Instituto Colombiano de Cultura, Secretario de Educación de Norte de Santander, Ministro consejero de la Embajada de Colombia en Argentina y gerente de Procultura, donde dirigió la colección Clásicos Colombianos.

Obras poéticas publicadas: *Los golpes ciegos* (1968); *Poemas de entrecasa* (1971); *Instrucciones para la nostalgia* (1984); *Desencantos y cantos* (2003). Libros publicados de crónicas, reportajes, cuentos y columnas: *Papeles* (1978); *Perfil y palote* (1984); *La alegría de escribir* (2003); *Pelé: De la favela a la gloria* (Editorial Panamericana, 2004). Novela: *Malena* (Alfaguara, 2003)

Desde 1990 se desempeña como Decano de la Facultad de Comunicación Social-Periodismo en la Universidad Externado de Colombia, institución donde dirige la colección de poesía [*Un libro por centavos*](#) (1), actualmente el proyecto editorial de poesía más grande en lengua Castellana.

La formal

Ponte el pudor:
está allí debajo del lecho
junto a las ropas caídas.
Recógelo y dilúyelo sobre tus mejillas
como si fuese un maquillaje.
Alisa tu piel
y ese tablero de ajedrez borracho
de tu falda de cuadros.
Abróchate la blusa
y adopta otra vez
esa actitud ingenua de muchacha formal.
Ordena tus cabellos
y tus prejuicios.
Camina con esa dignidad desvencijada
que usas los domingos
para asistir a misa.

Tan pronto atraveses el umbral
serás nuevamente tú
la pequeña burguesa incomprendida
con tus veinte años de lugares comunes
y tu boca repleta de palabras usadas.

Serás la rutinaria
la formal
la limitada.

Crearás otra vez en dios
así como antes creías en tu cuerpo
y estarás llena de moral
así como antes estabas llena de mí.

Volverás a la iglesia
con tu andar milimétrico
y estarás de rodillas observando
el rostro masoquista de Cristo
como si fuese el aviso de un circo.
Leerás con cansancio
una novela idiota
-presintiendo el final-
pero irremediablemente
tendrás húmedos los ojos
en la última página.

Aquí en mi habitación
quedó tu lujuria hipócrita
y tu doble moral.
Mañana volverás y entonces te diré
las palabras de siempre:
ponte tu cuerpo
quítate el pudor y las ropas
y ven así, desnuda
a engañarnos pensando
que no hemos empezado a envejecer.

La soledad

Si miramos el rostro de la amada
y cerramos los ojos
para palparlo luego en la memoria
el fantasma del miedo nos traiciona.
Por eso los amantes
no se dan nunca nada el uno al otro
y las manos que recorren los cuerpos
no persiguen la piel
sino el olvido de la futura soledad.
Y las caricias se prodigan
no a los cuerpos
sino al vacío de la ausencia
al temor de quedar sin compañía.

Diurno número uno

Tu cuerpo es tan pequeño
como un pueblo
donde las calles se aprenden de memoria
y uno las puede recorrer en sueños.

Yo conozco tu pueblo,
lo conocen mis manos
que te escalan por senderos abiertos.
No hay rincón de tu piel que no tenga
cicatrices de besos.

Es el único sitio del mundo
sin lugares secretos.

Yo que conozco todos los caminos
que recorren tu cuerpo
sé que es breve tu piel para mi tacto
y el deseo es muy denso.

Sucede que ya el sexo
no te cabe en el cuerpo.

Noche de viajero

Sudas, maldices en voz baja,
cierras los ojos y persigues
un sueño grato que tuviste
en la última temporada de vacaciones.
Maldices otra vez
para apagar la luz
implorando que acabe la vigilia.

Entretanto,
la noche se diluye en ruidos vanos:
El quejido del tren que sirve de cuchillo
para punzar la oscuridad,
el ajetreo de pasajeros y equipajes,
los minutos marcados
por el reloj de agua
de un grifo que gotea.

Sudas copiosamente
y alargas la mano en la penumbra
para buscar
-con ademán de ciego-
el frasco de los tranquilizantes,
y te encierras
en esa duermevela de viajero
que teme
no estar a tiempo en la estación.

Así te sorprende el camarero
que parlotea en un idioma extraño.
El camarero que pregunta
-en palabras ajenas-
cuál es tu viaje y hacia dónde,
cuál la ruta a seguir y
los motivos que te obligan a huir.

Sería igual si hablara tu lenguaje
pues no hay idioma conocido
para intentar, siquiera,
una respuesta.

La palabra

En la trivial conversación de los obreros
que recorren su calle
en los largos bostezos del alba,
en el monólogo del ebrio
que repite su historia
como un disco rayado,
o en los signos escritos sobre el muro
por la mano inestable
del amargo habitante de hospedajes,
encuentras, de pronto,
la palabra precisa que buscabas.
La única.
La indispensable en el poema
tantas veces fallido.

Pero si logras escribirla
o la repites innumerables veces
-para evitar que escape a la memoria-
después
-cuando la leas o la digas-
descubrirás también
que devora el poema.
Lo destruye.
Como río que se bebe su sed
y borra el cauce,
o árbol que se pisa la sombra
y se aniquila.

Los ausentes

Me he estado preguntando
quiénes ocuparán ahora
nuestro pequeño albergue transitorio
y qué rostro distinto
colgará en el espejo
en el mismo lugar donde quedabas
doblemente desnuda.

Me pregunto también
si los mensajes de los muros
tendrán significado
para otros habitantes.
Si todavía se ignoran los vecinos
-nadie sabe de nadie
al otro lado del tabique-
y utilizan fantasmas como criados.

Si es necesario, por ejemplo,
anunciar la salida
con tres golpes de aldaba
para evitar encuentros sospechosos.

De seguro,
los ocupantes de la pieza continua
siguen oyendo ruidos similares
-respiraciones fatigadas
monosílabos
ropas y persianas caídas

risas nerviosas hacia el amanecer-
y siguen ignorando nuestra ausencia.

Sin embargo,
yo sigo preguntando
si fue cierto que un día
nos tomamos los cuerpos por asalto
y ocupamos la casa.

Si no es, por el contrario,
una mentira fácil que inventamos
para tapar la mutua soledad.

del libro *Poemas de entrecasa* (1971)

**El mundo es verde y sin embargo
no hay ninguna esperanza**

Si es cierto que el criminal regresa
al lugar de sus culpas
tú deberías haber regresado
al parque infantil donde hacíamos el amor
los domingos hacia el atardecer,
y frecuentar también
el bar de nuestras citas
con sus rincones de oscuridad indispensable,
y ese cine de barrio
que visitaba Gary Cooper
de donde siempre salías
con los ojos lluviosos
por la tristeza cursi del final
o la torpeza de mis manos
en la tibieza de tus muslos.

Si es cierto aquello
no habré perdido la fe de encontrarte
en los mismos lugares
donde hicimos del amor
un crimen perfecto.

El tiempo como una canción

Hubo días distintos
hechos a la medida
de nuestro deseo de estar juntos.

Tan generosamente breves
como una canción
que no recordamos haber aprendido.

Y hubo noches también: irrepetibles
iniciadas antes de toda oscuridad
y concluidas
mucho después del alba.

Era que bastaba una caricia
para que el tiempo ya no fuera
esta mentira que nos vive.

Escrito en la espalda de un árbol

No recuerdo si el árbol daba frutos
o sombra,
solo sé que dio pájaros.

Que era el centro del patio
y de la infancia.

Que en la madera fácil
tallé tu nombre encima
de un corazón flechado.

Y no recuerdo más:
tanto subió tu nombre con el árbol
que pudiste escaparte
en la primera cosecha que dio pájaros.

Para alcanzar el paraíso

Podemos inventar un paraíso artificial
en los lugares más insospechados,
solo se necesita:
una mujer que ha sido deseada,
un poco de oscuridad,
una lujuria más fuerte que el pudor
y la certeza de dar
un poco más de lo que se recibe.

Para leer en voz baja

Compartimos los cuerpos
que era lo único nuestro que teníamos,
y eso fue suficiente
para que todo aquello que soñamos
y que nunca tuvimos
también nos fuera dado.

Poema que te hace más frágil

La falda se desliza y cae a tus pies
con ronroneos de animal doméstico
acostumbrado a espiarte
en esta ceremonia de tus actos rituales
para desnudarte:

Primero tu mano que suelta los cabellos
para oscurecer la habitación
y el movimiento de tus dedos
-con precisión de cirujano-
que desatan la prenda
para que los senos se liberen
y muestren
el lugar más hermoso de tu piel.

Y un aleteo de pájaros puestos en libertad
anuncia el momento
en que tus muslos se iluminan
precediendo ese último ademán
que te descubre toda
como un deslumbramiento
con ese abandono de tu cuerpo desnudo
que te hace más frágil
y más indescifrable.

**Hicimos el poema
que no pude escribirte**

En últimas resulta
que los buenos poemas, los mejores,
nunca fueron escritos.
Y no podía ser de otra manera:
hay que reconocer, humildemente,
que bastó con vivirlos.

Lo demás es caer en tentaciones
de buscar el ahogado aguas arriba
de la pobre memoria.

Lucrecia

Mi madre nunca tiene en mis poemas
un lugar muy exacto,
siempre está dando vueltas
huyendo y regresando,
aquí y allá,
de la vigilia al alba,
limpiando y remendando mis palabras
como si fuera oficio de la casa.

Jesús

Mi abuelo no sabrá
que lo hice descender de su caballo
para montarlo aquí, sobre palabras
que nunca le gustaron.

Le gustaba la hacienda, los ganados,
la violencia en historias de combates
a los que nunca fue
porque no tuvo el miedo suficiente
para amar un fusil.

Le gustaba el tabaco, el tinto fuerte,
la gente dura, las mujeres frágiles
y el amor en razón de compañía.

Mi abuelo no sabrá
que le quité su pedestal de potros
y le falté al respeto a su bravura.
Mejor así: mi abuelo no admitía
que utilizara la memoria en vano.

Miguel

Treinta años de amistad
y mucha vida que nos hemos dado.
Él su nariz, su nombre,
un ademán prestado de su infancia,
un gesto que copié de su tristeza
y su vejez que me estará esperando.

Yo la risa que falta
a su antigua alegría
los mismos sueños que no pudo soñar
las aventuras que quizá no tuvo.

Esto para decir que bien se puede
entenderse con él y hablar conmigo,
o al revés si prefieren:
juzgarlo por los versos que yo escribo.

Sucede que de tanta amistad
ya no sabemos
si mi padre soy yo,
porque ignoramos
quién tiene más edad
y menos muerte encima.

Kampeones

En la revista del colegio
una fotografía de treinta años atrás
donde estamos posando sudorosos
después de la victoria.
Todos tenemos un aire de grandeza
que hemos ido gastando:
El gallego Tomás,
el pecoso Pedroza
el maracucho Antonio
que hizo un gol memorable
y ahora tiene
una casa de citas en Valencia.
El tatareto Vega
que era puntero izquierdo
y ahora juega a político
por el ala derecha.
Siboney el negrito centro-medio
y Juan Ramón "Pocillo"
-porque tenía una oreja, solamente-.

Al respaldo con mi letra de entonces
una larga leyenda que comienza:
Campeones (con K)
el nombre y los apodos del equipo
los goles y su hazaña
-con fecha y hora-
de esa tarde de marzo
cuando fuimos
brevemente inmortales.

Eduardo

De pronto la costumbre
de no contar contigo para nada.
De no saber si vas
si llegas tarde
y en compañía de quién.
Ni cuándo y dónde
la fiesta concertada
el compromiso inevitable.
De olvidar el abrazo
y la pregunta de
¿Cómo estás Eduardo,
y cómo están tus versos, tus asuntos?

De salir a la calle
con la sonrisa al viento
sin tropezar contigo en las esquinas.

De hablar con los amigos
y esculcar la memoria
-sorprendidos-
de no saber de ti
desde que habitas
tres metros debajo de un ciprés
en el cementerio de Pamplona.

Ernesto

Che: no me culpes a mí
por incumplir la cita de los montes.
Juro que quise ir
pero no tuve el valor suficiente.
Me dio pavor la selva
la puntería del hambre
los mosquitos y los boinas verdes.
Me dio miedo
cambiar tecla por gatillo
máquina por fusil
sueños por revolución.

Che: no me culpes a mí,
soy un cobarde
juro que quise ir.

Don Pablo

Señor, doctor, don, excelentísimo
Máster, míster, monsieur, su señoría
Don Neftalí, don Pablo, don Neruda.

Conste que no me burlo,
es el respeto disfrazado de risa
pero no lo soporto,
no le permito tamaña humillación
tan grave ofensa
como escribirle un verso a la cebolla
y hacerlo bien.

Yo en cambio soy tan torpe
en el oficio
que no puedo hilvanar
más de tres versos
para decirle a la mujer que amo
esas cosas hermosas
que usted malgasta
en congrios, alcachofas, perros muertos,
insectos y cebollas.

Maldito usted, don Pablo,
que utiliza palabras
y las deja inservibles.

del libro *Instrucciones para la nostalgia* (1984)

Los amantes

¿Quién puede condenar a los amantes
por construir sus castillo en el aire
de los hoteles clandestinos?

¿Quién puede prohibirles que se engañen
fabulando pasiones que no sufran
esa misma fatiga de sus cuerpos?

¿Quién puede censurarles que ambicionen
una memoria no tan infiel
como ellos deben serlo?

No podrán repudiarlos
por torturarse mientras se disfrutaban
y destruirse cuando se confunden.

Hay que dejar a los amantes libres
de tantas ataduras.
Dejar que hagan del mundo
lo que les venga en gana
y compartan dichosos el infierno
si no pueden buscar el paraíso.

Hay que dejar que los amantes sean
esclavos de sí mismos,
y cumplan su destino
de amargarles la vida
a quienes los censuran
los repudian
los niegan
los proscriben y
los envidian.

Para asumir la soledad

En los aeropuertos
donde nadie te espera
ni despide
ondea tu sonrisa
y responde a las manos que saludan.
Y al subir o bajar la escalerilla
el rito del brazo levantado
hacia la bandería
de los pañuelos que se agitan.

No olvides la variante
de las pequeñas tiendas de turismo:
pregunta por el perfume
de la muchacha que te hubiera esperado,
si tuvieras alguna.
O el licor favorito de tu amigo
que no puede beber
porque la muerte no se lo permite.

Duty free significa simplemente
libre de explicaciones
para asumir la soledad.

Y cuando los altoparlantes anuncien
que el viaje continúa
vuelve y levanta el brazo
hacia la muchedumbre,
que es posible que quienes te saludan
sean también solitarios
que no tienen
ni visitas ni ausencias.

Letanía

Señor, dale una oportunidad a los virtuosos
y déjalos caer en tentación
para que no condenen
a quienes descubrimos que el abismo
es solo otra variante del camino.

Señor, no prohíbas la gula de los míseros
ni la violencia de los débiles
ni la avaricia de los desposeídos.

Señor, otórgale soberbia a los humildes
para que no rediman a sus amos
permitiéndoles ser caritativos.

Refresca, Señor, la desmemoria moralista
y diluye las sombras que confunden
la castidad del indeciso.

Permítenos, Señor, desear la mujer
y no la ruina de nuestros deudores
y deja que sea el prójimo
quien tenga que poner la otra mejilla.

Señor, si este reino no es tuyo
como dicen,
quita la viga de mis ojos
y cámbiala por la paja de los de mi vecino
y déjanos el goce de caer y recaer
en el viacrucis de culpas inconclusas
para el juicio final de los remordimientos,
por los pecados que desconocimos
o nos fueron negados
en la resurrección de cuerpos
que comienza
ahora y en la hora de nuestra muerte, amén.

La otra

De todas las mujeres que te habitan
hay una agazapada que me espera.
No la recatada, la escrupulosa, la puntual,
la sutil comprensiva,
la translúcida,
la dignísima requetesabida.

La otra:

la enajenada, la procaz, la posesiva,
la lasciva imprevista,
la insaciable, la cruel, la inoportuna,
la única respetable
de esas tantas mujeres que te habitan.

Para dos solitarios habitantes

Qué vasto nuestro imperio
de tres por cuatro metros
al final de una cómplice escalera,
que a veces sube
a hacernos la visita.

Qué inexpugnable fortaleza
de cielos alquilados
con puertas de frontera
y cortinas de puentes levadizos.

Qué poderoso nuestro reino
de reyes, siervas, amos,
esclavos y princesas
para dos solitarios habitantes.

La celestina

El vino y una memoria apresurada
arman estas tristezas desmedidas
donde el eco es mejor que la canción
si cambiamos el ritmo de la música.

La nostalgia es infiel
y si se embriaga
regresa dando tumbos
a cumplir su labor de celestina:
retocando retratos
zurciendo decorados
y barriendo debajo de la alfombra
la miseria de todos los olvidos.

Visto de cerca

Visto de cerca el puerto no es tan bello
ni el cielo tan azul
y el paisaje no está policromado.
La postal hace trampas
retocando arreboles
en lugar de las nubes desteñidas.
No hay relucientes barcos:
son pesqueros
con un dudoso aroma de mariscos.
Los marinos que ves
no están cantando
mientras recogen un velamen viejo,
blasfeman repitiendo palabrotas
fatigados de hacer el mismo oficio.

del libro *Desencantos y Cantos* (2003)

Recuérdame, desnuda

¿En qué bar estarás
donde tu risa
suene más que la música?
¿Donde tu pelo sea
el rincón más oscuro de la fiesta
y tu escote
la ventana mejor iluminada?

Alguien sabrá que eres impredecible
de la cintura para abajo,
hacia arriba te salva la sonrisa
y esa mirada ausente
como si no quisieras compañía.

¿A quién decidiste seducir?
¿Algo tiene de mí
tu próxima aventura?

Recuérdame, desnuda
y no olvides
que nadie sabe más de tu cuerpo
que mis manos.

Un ángel por la calle

Un fulgor de miradas te persigue
cuando vas por la calle
como si flotaras
en la brisa celeste de la tarde.
Humilde de cintura y altanera de pechos
ni usas ni maquillaje ni perfume,
nada llevas debajo de la blusa
y te sientes liviana
porque bajo la falda
solo llevas el pubis.
Una fiesta comienza en tus caderas
y tu risa es la música.

¿Cómo haces para danzar cuando caminas?
se preguntan algunos.
¿Por qué parece que tuvieras siempre
todos los labios húmedos?
Son distintos los ojos que te siguen,
los delatan la codicia o la envidia:
el opaco rencor de las mujeres
y en los hombres el lujurioso brillo.

Pero tú los ignoras
porque sabes
que es mi oficio nocturno
desnudarte de miradas ajenas,
para que flotes como un ángel
en el aire impoluto de las sábanas.

Penélope

Espérame impaciente
como si no supieras
que llegaré tardío
-tejedora de fábulas-
que te viene de estirpe
engañarte nocturna
devolviendo los hilos
de la urdimbre
que tejiste de día.

Heredaste la gracia
de simular esperas:
tu abuela tejía redes
junto a un río que dejó de pasar
y ella siguió esperándolo.
Y tu madre
-tejedora de músicas-
hilvanaba canciones
para sordos amantes
sin dejar de cantar.

Tú aprendiste el oficio
de entretener palabras
sintiéndote Penélope,
para que otros te amen
sin sentirte culpable,
mientras llego incumplido
a competir para que no me olvides.

Confesión

Ando perdido
pero jubiloso.
Confieso que no sé
a dónde voy,
pero la alegría me delata:
todos saben
que vengo de tu cuerpo.

El extranjero de tu cuerpo

Necesito que sepas
que soy el que te habita
y no te reconoce,
el que te invade
y huye deseándote.

El viajero del tren que ya partió,
el polizonte del barco que no vino.

El que te sabe de memoria
pero se pierde acariciándote,
el que muerde tu lengua
y no traduce tus algarabías,
el que lame tu piel
pero sigue sediento.

El extranjero de tu cuerpo
que no sabrá jamás
si no ha podido entrar
o no lo dejas ir,
porque te extraña incluso
cuando está contigo.

Cartagena de Indias

¿Para qué grita el mar
invitándome a entrar
si en silencio tu cuerpo
me ha cerrado las puertas?

¿Para qué este paisaje
donde sobran colores
pero falta tu risa?

¿Y esta playa vacía
donde no cabe nadie
porque tú no la ocupas?

Si estuvieras conmigo
sería
el paraíso que perdimos.

A la deriva, siempre

Los recuerdos golpean
mucho más que las olas
-eso dicen los náufragos-
porque más traicionera
es la memoria.

A la deriva, siempre
te busco olvidadiza
en la mitad del mar
como un faro de lástimas.

No puedes rescatarme
-sirena rencorosa-
tienes manos de adioses
y perdiste la brújula
de tu bella canción.

Mi padre

Para Julia Elena

Mi padre me enseñó
que la música es mágica
porque nos lleva a donde nunca iremos
y nos regresa
a donde fuimos y no lo recordamos.

Los instrumentos simples le encantaban
y los tocaba mal.
Su dulzaina era triste
desentonaba en la guitarra
y era un inofensivo bandolero
porque no disparaba la bandola.
Siempre creyó que el arpa
era mejor que el piano:
se tocaba de pie como a una potra,
y se dejaba cabalgar.

La música, toda la música,
lo ponía nostálgico
-un adjetivo que aprendió en el Sur-
donde hicimos academia de tangos.
Le gustaba el coñac pero no se embriagaba.
Y no aprendió a fumar.

Como tenía la voz espesa
se permitió el pudor de no cantar.
Pero fue un excelente bailarín,
inmejorable indicio
de ser un buen amante.

El ajedrez fue una pasión tardía
que nunca supo dominar:
no aprendió a replegarse para combatir.

El ajedrez, decía, lo inventó una mujer
porque la reina es libre y el rey manumitido.
Y un homenaje a los humildes
al permitirle a los peones alcanzar el poder.
Respetaba las torres por atacar de frente,
no como los alfiles, traicioneros,
es decir, obispales;
ni como los caballos,
impredecibles por lo solapados.

En la vida es igual, reflexionaba;
un paso en falso, un torpe movimiento,
y la derrota nos persigue.

A mi padre le encantaba vivir
y se reía para que lo supieran.
Mirándolo de lejos y despacio,
reconozco apenado
que no pude heredarle su alegría.

Tristura

Las primeras señales del olvido
no son ritual de puertos o viajeros,
las ausencias
no requieren de adioses.
Los abandonos
no necesitan ceremonias.

Uno se va sin trenes
sin aviones,
uno se va sin barcos.
Uno se va.